

MONS. LUIS F. LADARIA, SJ*

EL CRISTIANO, HOMBRE AGRACIADO Y RECONCILIADO

1. LA «GRACIA» SIEMPRE LIGADA A CRISTO

En nuestro mundo de competencia y de esfuerzo personal hablar de «gracia» se ha convertido en algo insólito. Lo que cada cual posee y en cierto sentido también lo que cada cual es, es fruto de sus obras y de su trabajo, por no decir de su astucia. La palabra «gracia» no está de moda, ni siquiera en el lenguaje de muchos cristianos. Y no obstante es evidente que la gratuidad preside todo el obrar de Dios desde el primer instante de la creación hasta la consumación final que esperamos. La doctrina clásica sobre la creación ha insistido en la «libertad» de la misma. Dios ha creado todas las cosas «*liberrimo consilio*» decía el concilio Vaticano I, y las ha creado, según el mismo Concilio por su bondad y poder omnipotente, para manifestar su perfección por medio de los bienes que imparte a sus creaturas (cf. DH 3002; 3025). El Catecismo de la Iglesia Católica, publicado por vez primera en 1994, ha profundizado y enriquecido notablemente estas formulaciones. En primer lugar habla de la creación de todo por Dios en virtud de su sabiduría y de su amor, «*sapientia et amore*». Se añade que todo procede de la libre voluntad de Dios «que quiso hacer a las criaturas partícipes de su ser, de su sabiduría y de su bondad» (CCE 293; cf. 319, donde se habla de la participación de

* Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

las criaturas en la verdad, en la bondad y en la belleza divinas). Todavía en otro punto el Catecismo va más allá de las declaraciones magisteriales precedentes: a la mención explícita del amor se añade que el primer testimonio de su amor y de su sabiduría que Dios da en la creación halla su fin en la nueva creación en Cristo: «Dios, en la creación del hombre y del mundo, ofreció el primer y universal testimonio de su amor omnipotente, y de su sabiduría, el primer anuncio de su «benévolo designio», que encuentra su fin en la nueva creación en Cristo» (CCE 315). También el Compendio del Catecismo tiene presente la idea: «el fin último de la creación es que Dios, en Cristo, pueda ser «todo en todos» (1 Cor 15,28), para su gloria y nuestra felicidad» (Compendio 53).

Nos interesa subrayar dos elementos que estos textos insinúan más que desarrollan: en primer lugar, ya en la creación Dios manifiesta su amor y su bondad. Y en segundo lugar, la razón última de este hecho está en el fin de la creación: la perfección de la nueva creación en Cristo y que Dios, por la acción del Señor Jesús, llegue a ser todo en todos. La creación y la escatología se dan la mano y han de ser siempre consideradas en su unidad. Toda la acción de Dios *ad extra*, comenzando por la creación, es gratuita, es por tanto gracia. Y, estando desde el principio orientada hacia Cristo y la salvación que nos trae, es ya, según el Nuevo Testamento, creación «en Cristo»:

*Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura,
porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres,
visibles e invisibles [...] todo fue creado por él y para él.*

Él es anterior a todo y todo se mantiene en él (Col 1,15-17).

La vida entera del hombre y del cosmos se mueve en este horizonte de gratuidad de la creación, y en el más radical de la creación en Cristo que da sentido y coherencia a todo cuanto existe. Dios no necesita de nada ni de nadie. No ha creado ni para aumentar ni para adquirir su felicidad (Vaticano I). La creación, en cualquier hipótesis, sería un acto de su libérrimo designio. Lo es todavía más si esta creación concreta, la única que Dios ha querido, tiene todo su ser y su consistencia en Cristo, es decir, en el Hijo encarnado y no solamente en el Hijo eterno. La creación, ya de por sí gratuita y fruto de la pura benevolencia divina, se encuentra inserta en el ámbito de una gratuidad mayor, la de la encarnación del Hijo. En este sentido la creación, de modo especial la creación del hombre, ha podido ser definida como la gramática de la encarnación

futura. Dios ha establecido, de una manera libre y gratuita, el lenguaje de su total autocomunicación¹.

Porque efectivamente, si gratuita es la creación, mucho más lo es la encarnación del Hijo. En el primer caso Dios por amor, produce algo distinto de sí. En el segundo nos da a su Hijo. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17). Éste es, podríamos decir, la «gracia» de Dios en persona, la benevolencia divina puesta de manifiesto de la mayor manera posible: «Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres...» (Tit 2,11); «[Dios] nos llamó y nos salvó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús...» (1 Tim 9-10). En Cristo, el Amado, nos ha «agraciado» (*ejaritosen*) con la gloria de su gracia (cf. Ef 1,6). Por lo tanto los cristianos, y también los demás hombres, somos agraciados, porque a todos sin excepción va destinada la «gracia», el favor de Dios que ha aparecido en Jesús. La gracia se nos ha dado «en Cristo Jesús» (1 Cor 1,4). El autor de la carta a los Hebreos nos exhorta a que «comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia» (Heb 4,16), después de habernos dicho que tenemos un sumo sacerdote, Jesús, Hijo de Dios, que puede compadecerse de nuestras debilidades, «probado en todo, como nosotros, menos en el pecado» (Heb 4,15). De Jesús todos hemos recibido «gracia tras gracia», porque la gracia y la verdad han llegado por medio de Jesucristo (cf. Jn 1,16-17).

Los cristianos, justificados por la fe en Cristo, que en el bautismo han sido sepultados con él en la muerte, han sido incorporados (*sumfutoi*) en una muerte como la suya, viven ya una vida nueva, en la esperanza de ser también incorporados en su resurrección (cf. Rom 6,3-7); por medio de Jesucristo se hallan «en la gracia», en el favor de Dios, están en paz con Dios (cf. Rom 5,1-2). La gracia manifestada en Cristo en favor de todos los hombres encuentra su concreción en el «estado» en el que el cristiano, en principio al menos, se halla. La gracia es un don, es un

¹ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, *Gramática de la encarnación. La creación en Cristo en la teología de K. Rahner y Hans Urs von Balthasar*, Madrid 2004.

regalo, que coloca al cristiano en una situación caracterizada por la paz con Dios, por la esperanza en la vida eterna.

En esta «gracia» alcanza el máximo grado pensable la gratuidad con la que Dios obra. No puede ser de otro modo si tenemos presente que se trata del don que Dios hace de sí mismo que, por definición, excede todo mérito del hombre². Esto vale para la encarnación del Hijo, y vale también para el don del Espíritu, que recibe la denominación de «don» como nombre propio precisamente porque, siendo Dios, puede ser dado y recibido solo gratuitamente³. La mayor gratuidad y la mayor dignidad del don otorgado *por gracia* van necesariamente juntas. Son las dos caras inseparables de la misma moneda.

2. AGRACIADOS POR OBRA DE LA TRINIDAD

Del Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo. En la obra salvadora del Dios uno y trino, siempre una e inseparable, pueden y deben distinguirse los modos de actuar, correspondientes a su propiedad personal, de cada una de las personas. La enseñanza de la Iglesia ha asociado preferentemente (no exclusivamente) cada una de estas tres preposiciones a las distintas personas divinas. Recorramos brevemente la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu en el «agraciamiento» del cristiano.

2.1. DEL PADRE

Dios Padre, de quien procede en último término todo el designio de la salvación, nos ha dado a su Hijo. Esta es la máxima manifestación del amor de Dios. Tanto amó Dios al mundo que «no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom 8,32; el Padre ama al Hijo, Jesús es el Hijo de su amor (cf. Col 1,13). El Hijo *amado* aparece en la voz del bautismo en los tres sinópticos (cf. Mc 1,11par), y en la de la transfiguración, en los dos primeros evangelios (cf. Mt 17,5; Mc 9,7; también 2 Pe 1,17). El *Hijo* es el objeto del amor del Padre. El Nuevo Testamento liga a este título, el que de manera más plena nos muestra la

² S. AGUSTÍN, *Sermo* 185 (PL 38,999): «busca mérito, busca causa, busca justicia; no hallarás más que gracia».

³ Cf. S. AGUSTÍN, *Trin.* V 15,16 (CCL 50,224); Sto. Tomás, *STh* I 38,1.

identidad última de Jesús, a la consideración del amor que el Padre tiene por él. En este amor, por otra parte, se manifiesta la paternidad divina. Estamos en el corazón de la revelación trinitaria. El Padre ama al Hijo y la prueba de su amor a nosotros es por tanto que nos da al Hijo. De esta manera nos puede hacer «hijos», es decir, nos puede amar como ama al Hijo, nos introduce en su relación única que tiene con su Unigénito, al que, por voluntad libre y no por naturaleza, ha constituido primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29).

Establecidos estos presupuestos, podemos afirmar que el cristiano, configurado por el bautismo a Cristo en su muerte y en su resurrección de entre los muertos, es «agraciado» por muchos conceptos, pero lo es sobre todo porque ha sido hecho hijo de Dios «in Filio». El amor del Padre por nosotros se muestra en la medida en que nos configura a su Hijo amado en virtud del don del Espíritu. Por ello la categoría de la filiación es la más comprensiva de la teología de la gracia, es la que de modo más completo nos presenta al cristiano como «agraciado», porque es la que de manera más directa nos coloca en relación con el Dios trino del que todo procede.

«Padre» es la denominación más propia del Dios de los cristianos. Así lo ha llamado Jesús y así nos ha enseñado a nosotros a llamarlo. En la vida de Jesús se manifiesta de manera nueva y definitiva la paternidad de Dios: «Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7) son las palabras que según el Nuevo Testamento describen el diálogo inefable entre el Padre y el Hijo en el momento de la resurrección (cf. Hch 13,33; Heb 1,5; 5,5) en virtud de la nueva vida que Dios concede a Jesús y en él nos concede también a nosotros. Por él y en el Espíritu tenemos todos los cristianos acceso al Padre común (cf. Ef 2,18). La revelación de Dios como Padre es uno de los puntos esenciales de la revelación neotestamentaria. La paternidad eterna de Dios respecto del Hijo, que en el Nuevo Testamento se halla insinuada, ha sido considerada en la tradición de la Iglesia como la verdad más profunda acerca de Dios; a partir de ella ha sido posible el desarrollo del dogma trinitario y en concreto la afirmación de la consustancialidad del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre. Nuestro acceso como hijos al Padre es la plenitud de la salvación que Cristo nos concede en el Espíritu. San Ireneo lo ha formulado de manera insuperable:

Dios lo puede todo: ha sido visto en otros momentos mediante el Espíritu según el modo profético (*profetice*), después ha sido visto

mediante el Hijo según la adopción (*adoptive*) y será visto en el reino de los cielos según la paternidad (*paternaliter*); el Espíritu prepara al hombre para el Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, el Padre le otorga la incorrupción para la vida eterna que para cada uno resulta de la visión de Dios⁴.

La paternidad es la dimensión más profunda de Dios que en Cristo nos hace sus hijos. Él es el «Padre de todos» (Ef 4,6), de él «toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef 3,15). «*Tam Pater nemo*», decía Tertuliano⁵. El ser amor de Dios (cf. 1 Jn 4,8.16) y la paternidad de la primera persona divina están íntimamente conectados. Ser hijos de Dios nos coloca en relación con lo más profundo de Dios mismo. Dios es nuestro Padre en cuanto lo es de Jesús. En la generación eterna del Hijo, en el misterio de la vida de Dios *ad intra*, está la raíz y el fundamento de la paternidad divina para con nosotros y de nuestra filiación.

2.2. MEDIANTE EL HIJO

Tenemos acceso al Padre por medio de Jesús y somos sus hijos también en virtud de la mediación de Cristo. Nos hemos referido ya a la condición de «unigénito» de Cristo, según la característica denominación joánica (cf. Jn 1,14.18; 3,16.19; 1 Jn 4,9). Por ello Jesús es «el Hijo» por antonomasia. Este título lo vincula directamente al Padre y por ello es el que más profundamente lo caracteriza. Si el título de «Señor» hace referencia a su situación frente al mundo y al hombre, el de Hijo nos lo muestra en la relación única e irrepetible con Dios Padre. En cumplimiento de los designios paternos y de su obediencia a ellos Jesús, en toda su vida pero especialmente con su muerte y resurrección, nos lleva a la gloria del Padre. Nos dice la carta a los Hebreos:

⁴ Ireneo de Lión, *Adv. Haer.* IV 20,5 (SCh 100, 638-640). Ib. V 36,3 (SCh 153, 464): «[Dios] nos concederá paternalmente (*paternaliter*) aquellos bienes que ni el ojo ha visto ni el oído ha oído (cf. 1Cor 2,9)». También *Demonstratio* 5 (FP 2,62): «El Espíritu muestra al Verbo; a su vez los profetas anunciaron al Hijo de Dios; mas el Verbo lleva consigo al Espíritu y así es él mismo quien comunica a los profetas el mensaje y eleva al hombre hacia el Padre». Ib 7 (65-66) «El bautismo [...] nos concede renacer a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, esto es, al Hijo, que es quien los acoge y los presenta al Padre, y el Padre les regala la incorruptibilidad».

⁵ *De paenitentia* 8 (CCL 1,335).

Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré* (Sal 22,23) [...] Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y expiar los pecados del pueblo (Heb 2,10-12.17).

El Nuevo Testamento relaciona este motivo de la filiación y la fraternidad con el de la imagen de Cristo que estamos llamados a reproducir (cf. Rom 8,29). Nuestra filiación divina tiene como único punto de referencia la de Jesús. Por ello somos sus «hermanos» (cf. también Jn 20,17). Todos somos uno en Cristo Jesús (cf. Gál 3,28). Comentando la invocación «Padre nuestro» con la que comienza la oración dominical señalaba san Cipriano:

Quando oramos, no oramos por uno, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo somos una sola cosa. El Dios de la paz y el maestro de la concordia, que enseñó la unidad, quiso que orásemos uno por todos, del mismo modo como él nos llevó sobre sí como uno solo⁶.

Jesús nos lleva a todos sobre sí como el buen pastor lleva sobre sus hombros la oveja perdida. El concilio Vaticano II ha recogido esta bella idea patrística en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*: «En él [Cristo] la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a una sublime dignidad. El mismo Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre»⁷. El Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre, es decir, lo que nosotros somos, para perfeccionarnos en lo que él es. Es la clásica formulación del intercambio, que a partir de san Ireneo, se ha repetido una y otra vez en la época patrística⁸.

Unidos a Cristo, que se ha unido a nosotros, siendo en él hijos del Padre, somos agraciados con la «fraternidad» de Jesús y la de los cristianos en el amor a todos los hombres: «Amad a vuestros enemigos y rezad

⁶ S. CIPRIANO, *De dominica oratione* 8 (CSEL 3,27)

⁷ *Gaudium et Spes* 22. Cf. F. A. CASTRO PÉREZ, *Cristo y cada hombre. Hermenéutica y recepción de una enseñanza del Concilio Vaticano II*, Roma 2011.

⁸ Cf. L.F. LADARIA, *Teología del pecado original y de la gracia*, Madrid 2012, 151.

por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos [...] Por tanto sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 44-45.48; cf. Lc 6,35-36). La configuración con Cristo en la fraternidad apunta siempre al Padre, que en Cristo ama a todos los hombres. De ahí la categoría de la «mediación», que, a la vez que pone de relieve el carácter único de Jesús, nos indica que Dios Padre es nuestra única meta: «Dios nuestro salvador... quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos» (1 Tim 2,3-6; cf. Jn 14,6).

2.3. EN EL ESPÍRITU SANTO

Esta configuración del cristiano con Cristo en la filiación y la fraternidad es posible solo por la acción del Espíritu Santo, que es a la vez el Espíritu de Dios y de Jesús (cf. Rom 8,9). Por el don del Espíritu ha sido derramado en nuestros corazones el amor de Dios y sólo por él podemos vivir nuestra vida de hijos (cf. Rom 5,5). No en vano el Espíritu Santo es caracterizado en el Nuevo Testamento como «espíritu de filiación»: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción en el que clamamos: «¡Abba, Padre!» Este mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Rom 8,14-16). Y también: «Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama «¡Abba, Padre!» (Gál 4,6). Solamente en el Espíritu Santo se puede vivir la vida filial. Vida en Cristo y vida en el Espíritu vienen prácticamente a coincidir en el Nuevo Testamento. No en vano nos dice Pablo que la ley del Espíritu es vida en Cristo Jesús (cf. Rom 8,2).

La referencia cristológica es siempre imprescindible para una sana pneumatología, como a la vez no se puede entender la vida de Jesús el Cristo prescindiendo de la presencia en él del Espíritu Santo. Como decía san Basilio de Cesarea, «toda la actividad de Cristo se llevó a cabo con la presencia del Espíritu Santo»⁹. Jesús, durante el tiempo de su vida mortal, ha vivido la relación filial con el Padre en el Espíritu Santo. Ya

⁹ *De Spiritu sancto* 16,39 (SCh 17bis, 386).

en la escena de la anunciación la presencia activa del Espíritu Santo y la proclamación de la condición filial de Jesús van juntas (cf. Lc 1,35). En el momento del bautismo del Señor, a la voz divina del cielo que lo declara Hijo acompaña la efusión del Espíritu que desciende sobre él en forma de paloma (cf. Mc 1,10par). Aunque en el evangelio de Juan no se hable explícitamente del bautismo de Jesús, se menciona el descenso del Espíritu sobre él y el Bautista mismo (no la voz del cielo) confiesa su condición filial (cf. Jn 1,32-34). Guiado por el Espíritu, Jesús, el Hijo encarnado, ha pasado la vida haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; para ello ha recibido la «unción» del Espíritu (cf. Hch 10,38; Lc 4,28). Lleno de gozo en el Espíritu alaba al Padre al que como Hijo conoce y del cual es conocido de manera exclusiva (cf. Lc 10,21; Mt 11,25). En el Espíritu cumple Jesús el acto supremo de obediencia al Padre al entregarse a la muerte (cf. Heb 9,14). En virtud del Espíritu de santidad ha sido constituido Hijo de Dios en potencia por la resurrección de entre los muertos (cf. Rom 1,4). El camino histórico de Jesús hacia el Padre, y en concreto su camino y su vida filial, han sido vividos en el Espíritu. Jesús no necesitaba personalmente la unción del Espíritu, como nosotros necesitamos su acción. Pero tenía que recibirla en su humanidad para llevar a cabo su misión salvadora para poder comunicar el don del Espíritu a su cuerpo que es la Iglesia y a todos los que en él creen:

En cuanto el Verbo de Dios era hombre de la raíz de Jesé e hijo de Abraham, descansaba sobre él el Espíritu de Dios y era ungido para evangelizar a los humildes [...] El Espíritu de Dios descendió sobre él, el Espíritu de aquel que prometió mediante los profetas que lo ungiría, para que nosotros fuéramos salvados al recibir de la abundancia de su unción¹⁰.

Nuestra vida filial se da «en el Espíritu», como en el Espíritu Jesús ha vivido en este mundo su vida de Hijo. Señalaba el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos: «El Espíritu Santo orienta a través del amor toda la vida de Jesús hacia el Padre en el cumplimiento de su voluntad»¹¹. Por ello es de importancia capital tener presente que el Espíritu que nos es dado en Pentecostés es el Espíritu de Cristo (cf. Hch 16,7;

¹⁰ IRENEO DE LIÓN, *Adv. Haer.* III 9,3 (SCh 211,110-112).

¹¹ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, *Las tradiciones griega y latina referentes a la procesión del Espíritu Santo*: Diálogo Ecuménico 33 (1998)

Rom 8,9; Gál 4,6; Flp 1,19; 1 Pe 1,11). Somos guiados por el mismo Espíritu en el que Jesús, en el tiempo de su vida mortal, siguió su camino hacia el Padre. Este dato de la «economía» nos permite adentrarnos en el misterio de la vida de Dios en la Trinidad inmanente, en la «teología», para considerar la acción del Espíritu Santo en el eterno intercambio de amor entre el Padre y el Hijo. Afirma todavía el documento citado del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos: «Tal función del Espíritu en lo más íntimo de la existencia humana del Hijo de Dios hecho hombre deriva de una relación trinitaria eterna con la cual el Espíritu caracteriza, en su misterio de Don de amor, la relación entre el Padre, como fuente de amor, y su Hijo amado»¹². Es bien sabido que la idea del Espíritu como vínculo de amor y de unión del Padre y del Hijo es un elemento de suma importancia en la tradición de la Iglesia. La relación entre el Padre y el Hijo se realiza y se lleva a cumplimiento en el Espíritu Santo. Este no es un elemento que se introduce en un segundo momento y del cual se pudiera prescindir en la vida trinitaria. Igualmente, nuestra participación en la filiación divina de Jesús, el Hijo encarnado, no puede realizarse sin el Espíritu Santo. Esto responde a lo más profundo de la dinámica de la vida divina *ad intra*.

El cristiano es templo del Espíritu, este es el que guía su vida en Cristo y lo libera de las tendencias pecaminosas de la carne (cf. Gál 5,16-25). El cristiano es agraciado con el don del Espíritu, el don de Dios por excelencia. El «agraciamiento» del cristiano depende por tanto de la Trinidad santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dice el Papa Francisco:

Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. Él construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios. El mismo Espíritu Santo es la armonía, así como es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo¹³.

Nos hemos referido ya a la fraternidad en Cristo. La obra del Espíritu es también capital para que esta fraternidad se realice. Sólo en la participación en el mismo Espíritu, don de Jesús, podemos los

139-150. El texto original en lengua francesa se publicó en *L'Osservatore Romano* del 13 de septiembre de 1995.

¹² *Ib.*

¹³ FRANCISCO, Ex. Apost. *Evangelii Gaudium*, 117.

hombres estar unidos entre nosotros: «Por lo cual, el Verbo e Hijo del Padre, unido a la carne, se ha hecho carne como hombre perfecto, para que los hombres, unidos al Espíritu, se hicieran un solo espíritu. Él es Dios portador de la carne, y nosotros los hombres somos portadores del Espíritu»¹⁴. Y señala Hilario de Poitiers: «Unum in omnibus donum, omnes unum sumus»¹⁵.

Nuestro «agraciamiento» en la participación en la vida trinitaria hallará su consumación cuando las arras y las primicias del Espíritu (cf. 2 Cor 1,22; Ef. 1,14; Rom 8,23), que ahora ya poseemos, se conviertan en realidad plena:

Si pues por tener ahora las arras *clamamos Abba, Padre* (Rom 8,15), ¿qué ocurrirá cuando redivivos lo veamos cara a cara (cf. 1 Cor 13,12)? ¿Cuando todos los miembros prorrumpen abundantemente en un himno de exaltación glorificando a quien les resucitó de entre los muertos y otorgó el don de la vida eterna? Si pues la prenda, al abrazar para sí al hombre le mueve ya a decir *Abba, Padre*, ¿qué hará toda la gracia del Espíritu, dada a los hombres por Dios? Nos hará semejantes a él y llevará a cabo el beneplácito del Padre, como quien modela al hombre a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1,26)¹⁶.

3. AGRACIADO Y RECONCILIADO

Los dos términos se hallan unidos, justamente, en el título que se me propuso para esta intervención. Me parece evidente que no se trata simplemente de dos cualidades del cristiano que se puedan yuxtaponer. Más bien la reconciliación es un aspecto, una dimensión, del «estar en la gracia», del «ser agraciado» que abraza todo el ser del renacido en Cristo. Pero es una dimensión que nos hace ver la hondura del don de Dios que de otra manera no seríamos capaces de captar. Digámoslo con san Pablo: «Cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá

¹⁴ ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *De incarnatione Verbi et contra Arianos* I 8 (PG 26,996); Hilario de Poitiers, *Tr. Ps* 132 (CCL 61B, 124): «...sub uno Patre fratres esse, sub uno spiritu unum esse».

¹⁵ *Tr. Ps.* 121,5 (CCL 61B,28).

¹⁶ IRENEO DE LIÓN, *Adv. Haer.* V 8,1 (A. Orbe, *Teología de San Ireneo. Comentario al libro V del «Adversus haereses»* I, Madrid-Toledo 1985, 368-377).

quien muera por un justo; por una persona buena se atrevería alguien a morir; pues bien, Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5,6-8). Eliminar del evangelio la misericordia de Jesús que se manifiesta en el perdón de los pecados sería una gravísima mutilación. Los ejemplos están en la mente de todos: «Hijo, tus pecados te son perdonados» dice Jesús al paralítico que le colocan delante bajándolo desde el tejado (Mc 2,5), con el consiguiente escándalo de algunos de los circunstantes. En la oración del Padrenuestro se nos enseña a pedir perdón por nuestras culpas (cf. Mt 6,12; Lc 11,4).

El paso de la gratuidad inicial en la creación hasta la máxima manifestación del libre amor de Dios en la encarnación del Hijo y en el misterio pascual no se ha hecho de modo pacífico. Entremedias está la infidelidad y el pecado humano, que nunca se pueden minimizar. Jesús es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. Jn 1,29). Y Pablo añadirá: «Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero» (1Tm 1,15). San Anselmo en el diálogo con su interlocutor Boso le exhorta a tener en cuenta el peso del pecado¹⁷. Aunque esté claro que el *pondus gratiae* es mayor que el *pondus peccati*, la consideración de este último hace que el primero aparezca en toda su grandeza: «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rom 5,20). Sin la «abundancia» no seríamos capaces de captar y apreciar en todo su peso y su valor la «sobreabundancia». No es este el lugar de detenernos a hablar de la condición pecadora de la humanidad. Quiero solamente hacer notar que su olvido provoca un grave déficit cristológico. Cristo es ciertamente aquel en quien se cumple el designio original del Padre sobre la humanidad; en él todo ha de ser recapitulado (cf. Ef 1,10), él es el Adán último y definitivo (cf. 1 Cor 15, 45), pero de hecho lo es también y precisamente en cuanto nos redime y nos libera del pecado. El himno de la carta a los Colosenses contempla, de un modo muy sugerente, la unidad de la obra obra creadora y la obra salvadora de Dios, llevadas a cabo ambas por la mediación de Cristo y que tienen al mismo Cristo como meta (cf. Col 1,15-20). Pues bien, esta obra de salvación, es caracterizada como reconciliación y pacificación.

¹⁷ *Cur Deus homo* I 21 (SCh 91,322): «Nondum considerasti quanti ponderis sit peccatum»

Estos elementos son esenciales a la hora de definir la meta final a la que se encamina la obra del Padre en Cristo: «Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz» (Col 1,20). La reconciliación con Dios de cada uno de nosotros encuentra su lugar en este ámbito cósmico que abarca de algún modo la creación entera.

La configuración con Cristo, meta final de nuestro «agraciamiento», lleva consigo, por lo tanto, en la concreta realidad de nuestra historia, nuestra justificación en cuanto pecadores, y nuestra configuración con su muerte y su resurrección. La «perfección» de Cristo alcanza su plenitud en la cruz: «Aun siendo Hijo, aprendió sufriendo a obedecer. Y llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec» (Heb 5,9-10). Ya nos hemos referido a la perfección por el sufrimiento de que nos habla la misma carta a los Hebreos. En virtud de esta «consumación» y de esta perfección del Hijo somos salvados. La perfección de Cristo es la perfección de su obediencia al Padre que ha culminado en la cruz (cf. Flp. 2,8). Por ello «estar en Cristo» es solo posible a partir de la reconciliación del mundo con el Padre que se ha llevado a cabo por medio de la muerte salvadora de Jesús. Y hablar de reconciliación significa que antes ha habido pecado y por tanto que se había roto la concordia inicial:

«Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba reconciliando el mundo consigo, sin pedirle cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación» (2 Cor 5,17-19).

Por ello el cristiano es reconciliado y reconciliador. Si van necesariamente juntas la filiación y la fraternidad, son también inseparables el estar reconciliados con Dios y la obra de reconciliación con los hermanos. El pecado, al romper la relación con Dios, rompe también la fraternidad entre nosotros. En la reconciliación que Dios opera en Cristo se manifiesta el amor que este nos tiene, que es a su vez manifestación del amor del Padre. Enseña el concilio Vaticano II: «[Jesús] Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos libró de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cada uno de nosotros

puede decir con el apóstol: El Hijo de Dios *me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gál 2,20)¹⁸.

CONCLUSIÓN

Ser agraciado y reconciliado son dos características fundamentales del cristiano. No se yuxtaponen ni se colocan al mismo nivel. Ser agraciado es la condición que abarca todo su ser. Todo cuanto es y tiene el cristiano, excepto su pecado, como ya enseñaba san Agustín, es gracia y es don, no es suyo: «Excepto peccato, ab illo [Deo] habes quidquid habes»¹⁹. La gratuidad es el fundamento de su existencia como cristiano y debería ser la ley de su actuar. Es agraciado en cuanto existe y mucho más en cuanto es hijo de Dios Padre, hermano de Cristo y templo del Espíritu Santo, llamado a compartir la vida misma de Dios de la que ya en este mundo tiene las primicias. Y no podemos dejar de mencionar un aspecto también importante de nuestro ser de «agraciados»: la capacidad, que Dios nos da, de acoger su gracia y su don, de movernos libremente hacia Dios, como nos dice el concilio de Trento (cf. DH 1526). La gracia no anula nuestra libertad sino que la sostiene, no disminuye nuestra humanidad sino que la eleva y la potencia. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva, reza un antiguo axioma.

El cristiano es reconciliado; esta característica no tiene la globalidad de la categoría anterior; sino que es un aspecto, muy decisivo, de la misma. También la reconciliación es gracia. No se funda en ningún mérito del hombre ni tiene como base el propio esfuerzo. Es don gratuito y por ello habla el Nuevo Testamento de la justificación por la fe (cf. Rom 3,21-31; 5,1; 9,30-32; Gál 2,16, 3,8; Flp 3,9). Pero es un aspecto muy peculiar del ser agraciado del cristiano. Un aspecto peculiar y especialmente significativo al menos por dos razones. La primera es que, dada la realidad del pecado, la reconciliación entre Dios y el hombre es, por así decir, la condición de posibilidad del goce de la plenitud de la vida divina. La comunicación que Dios hace de sí mismo ha de incluir el perdón y la reconciliación del pecador para poder producir la plenitud de sus efectos. Sin la justificación serían imposibles los otros aspectos

¹⁸ Const. past. *Gaudium et spes* 22.

¹⁹ *Sermo* 21,4 (CCL 41,278).

de la comunicación de la gracia. Un segundo aspecto es igualmente importante y a él nos hemos referido ya: la reconciliación del pecador nos muestra la profundidad del don de la gracia y del amor de Dios. La reconciliación nos muestra así la anchura y la altura y la radicalidad del don de Dios que no se da solo a la criatura que nunca lo merece, sino al hombre pecador que se ha hecho positivamente indigno de él: la mayor prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando éramos todavía pecadores. Decíamos hace un momento que la gracia eleva nuestra humanidad. La gracia en cuanto reconciliadora la «sana», la cura y la rehace desde dentro, nos libera de la esclavitud del pecado para que podamos gozar de la libertad de los hijos.

Somos agraciados y reconciliados. Sólo en su mutua relación se pueden entender estas dos características del ser del cristiano. Podríamos decir: en cuanto reconciliados somos radicalmente agraciados, transformados en la raíz. Y por otra parte en la plenitud de nuestro «agraciamiento», la participación en la vida divina, alcanza la reconciliación todo su sentido y su última finalidad.

